

LA CRISIS DEL ANTIGUO RÉGIMEN

TEMA 1. LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA: ANTECEDENTES, CAUSAS Y FASES DE LA GUERRA.

1. Antecedentes. La crisis de la monarquía borbónica: el reinado de Carlos IV (1788-1808)

Este reinado, que se desarrolló entre los últimos años del siglo XVIII y los primeros del siglo XIX, estuvo condicionado por el éxito de la Revolución francesa de 1789 y por las graves dificultades internas españolas. Carlos IV fue un rey indolente, débil, poco capacitado, manejado por su esposa y desinteresado por las cuestiones de Estado, que asumió la corona cuando ya sobrepasaba los 40 años de edad.

1.1. Política exterior: el impacto de la revolución francesa

El estallido y el inesperado triunfo de la Revolución francesa (1789) determinaron de manera decisiva las posiciones diplomáticas, la actividad militar y hasta las resoluciones internas de los gobiernos de Carlos IV. Durante el reinado de Carlos IV podemos distinguir dos fases bien definidas en la política exterior española: una primera fase marcada por el enfrentamiento con Francia (1789-1795) y un segundo periodo caracterizado por el retorno a la alianza con este país (1796-1808).

1.1.1. Hostilidad contra Francia (1789-1795)

En 1789, el objetivo prioritario del gobierno consistía en **aislar a España del contagio revolucionario**. Se temía la expansión de las nuevas ideas liberales, que eran consideradas como una peligrosa amenaza para los principios absolutistas y católicos de la monarquía española. Pocos años después, la situación se radicalizó aún más en Francia, donde el gobierno revolucionario proclamó la República (1792), acusó de traición al rey y ordenó su encarcelamiento y posterior ejecución en la guillotina (1793). La muerte del monarca francés Luis XVI, que era pariente del rey español, pues ambos pertenecían a la misma familia borbónica, provocó la declaración de **guerra contra Francia**. Las operaciones militares fueron negativas para nuestro país, ya que el ejército enemigo cruzó los Pirineos y ocupó Guipúzcoa, Vitoria, Bilbao y parte de Cataluña (Figueres, Rosas). Finalmente, en 1795, España se vio forzada a firmar la paz.

1.1.2. La vuelta a la alianza con Francia (1796-1808)

Las alianzas diplomáticas se invirtieron totalmente en 1796 con la firma del tratado de San Ildefonso, un **pacto hispano-francés dirigido contra Gran Bretaña**. El motivo que impulsó al gobierno español a retornar a los acuerdos con Francia fue la defensa de los intereses territoriales, económicos y comerciales en Hispanoamérica. El gobierno de Carlos IV prescindió de las anteriores discrepancias ideológicas y en su decisión se impusieron ahora las razones estratégicas. Y es que Gran Bretaña representaba desde mucho tiempo atrás una amenaza constante para las colonias españolas en América, pues los ataques de los buques ingleses cortaban la navegación comercial transatlántica entre la Península y las Indias, e interrumpían la llegada de plata desde las minas mexicanas y peruanas. Como consecuencia de este tratado, **España y Francia iniciaron una prolongada guerra contra Gran Bretaña** y también contra Portugal, que mantenía una sólida alianza con los ingleses desde principios del siglo XVIII. El resultado del conflicto fue nefasto para la flota española que, en 1797, fue destruida por los ingleses en un enfrentamiento frente a las aguas del cabo de San Vicente. Algunos años más tarde, la marina de guerra española volvió a ser derrotada por la armada inglesa –dirigida por el almirante Nelson– durante la batalla de Trafalgar (1805).

Mientras tanto, la situación política dentro de Francia continuó cambiando de forma muy rápida. En 1799, un brillante y joven general llamado Napoleón Bonaparte culminó un golpe de Estado que señaló el inicio de su dictadura personal. Posteriormente, Napoleón se autoproclamó emperador hereditario y emprendió sus planes de expansión territorial con el ataque a Gran

Bretaña y la ocupación de Bélgica, Holanda, Alemania, Suiza y de toda la Península italiana. En 1806, tras fracasar todos los proyectos de invasión de Inglaterra mediante un desembarco de tropas, Napoleón puso en práctica un bloqueo marítimo para aislar a los británicos, consiguiendo la destrucción de sus rutas comerciales y provocar su ruina económica.

Un año más tarde, en **1807, España y la Francia napoleónica renovaron su alianza mediante la firma del Tratado de Fontainebleau** con un nuevo objetivo: la invasión y reparto territorial de Portugal entre ambas naciones, ya que el bloqueo napoleónico contra Gran Bretaña sólo podía tener éxito si los franceses colocaban bajo su control toda la Península Ibérica. Para facilitar el ataque a Portugal, Carlos IV autorizó la entrada a suelo español de unos 60.000 soldados franceses que, a finales de 1807 y en menos de un mes, ya habían conseguido ocupar todo el territorio portugués.

1.2. Los problemas internos

El pánico a la expansión de las ideas revolucionarias liberales por España y los repetidos fracasos militares en las guerras contra Francia y Gran Bretaña se sumaron a otras complicaciones de carácter interno como la bancarrota financiera estatal, las malas cosechas, la desconfianza de la población en los gobernantes y el enfrentamiento por el trono entre el rey Carlos IV y su propio hijo Fernando, el príncipe de Asturias.

1.2.1. Godoy en el poder

En 1792, el rey colocó al frente del gobierno al extremeño Manuel Godoy, un simple oficial de la guardia real, sin estudios, pero ambicioso, que logró ascender a lo más alto del poder –con sólo 25 años de edad– gracias a su «íntima amistad» con la reina María Luisa de Parma. Desde entonces, y casi sin interrupción, Godoy llevó siempre la dirección de todos los asuntos de gobierno. Los reyes concedieron a Godoy el tratamiento de Alteza y los títulos de Príncipe, Generalísimo y Gran Almirante (además, le casaron con una sobrina del rey).

Sin embargo, los repetidos errores del gobierno hicieron que la mayoría de la población española –unos 12 millones de habitantes entonces– perdiera la confianza en sus dirigentes. La impopularidad alcanzó a Godoy y al mismo rey Carlos IV, que comenzó a ser despreciado por la opinión pública. Además, gran parte de los grupos privilegiados –la alta aristocracia y el clero católico– rechazaban y odiaban a Manuel Godoy. Los nobles, que habían sido apartados de las principales posiciones de poder político por Godoy, menospreciaban al extremeño por ser un advenedizo que no pertenecía a la aristocracia; pero, sobretodo, estaban inquietos ante la enorme concentración de poder que había acumulado en sus manos.

1.2.2. El colapso económico de la monarquía

A principios del siglo XIX, España se encontraba al borde de la **bancarrota financiera** por el rápido aumento de las deudas y de los gastos militares ocasionados por los 27 meses de guerra contra los franceses y los casi siete años de guerra contra los británicos. Por contraste, los insuficientes ingresos estatales, bastante mermados ya por las exenciones fiscales que beneficiaban a los estamentos privilegiados (nobleza y clero), disminuyeron aún más al interrumpirse la llegada de plata desde las minas americanas como consecuencia de los ataques de los barcos británicos. Tan agobiado se encontraba el gobierno que suspendió el pago de sus deudas y rebajó en una tercera parte los sueldos de todos los empleados al servicio de la monarquía. Además, las continuas subidas de precios de los alimentos extendieron el descontento entre el pueblo. Este desbarajuste económico ponía en evidencia la ineficacia del sistema del Antiguo Régimen.

1.2.3. El enfrentamiento entre Carlos IV y su hijo Fernando

Además de la grave crisis económica, otras tensiones políticas agitaban los círculos del poder contribuyendo a acelerar el desprestigio y la descomposición de la monarquía hispana. El ambiente en la Corte era caótico, ya que se producían continuas intrigas contra Carlos IV y

contra su hombre de confianza, Godoy. Los importantes enemigos que Godoy poseía entre la nobleza y el clero supieron aprovechar la impopularidad del favorito del rey para buscar y encontrar el respaldo del mismo heredero del trono, el príncipe Fernando, que también detestaba a Manuel Godoy. De este modo, **el hijo del monarca participó activamente en las conspiraciones para derribar a Godoy y destronar a su propio padre.** El primer intento tuvo lugar en El Escorial, en 1807, pero el complot fue descubierto y el príncipe de Asturias fue arrestado y obligado a confesar el nombre de sus cómplices –todos ellos miembros de la alta aristocracia– para obtener el perdón de su padre. No obstante, Fernando logró finalmente sus propósitos en marzo de 1808, cuando Carlos IV –que se encontraba junto con toda la familia real en el palacio de **Aranjuez**– fue forzado a ceder el trono a su hijo tras un **motín** popular. Al mismo tiempo, Godoy quedó arrestado y su residencia en Madrid fue asaltada y destrozada por una multitud.

Todos estos acontecimientos fueron observados con mucho interés por Napoleón quien ya tenía planes para invadir España. Así pues –durante la primavera de 1808– Napoleón decidió aprovechar los conflictos familiares entre los reyes y la presencia de las tropas francesas en la Península (60.000 soldados llegados tras la firma del Tratado de Fontainebleau) para eliminar a la dinastía real borbónica y apoderarse del territorio español.

2. La Guerra de la Independencia (1808-1814)

2.1. Las abdicaciones de Bayona y las actitudes ante la ocupación francesa

Tras los acontecimientos de Aranjuez, Napoleón se negó a reconocer a Fernando y envió una escolta armada para proteger a Carlos. Mientras tanto, Fernando y sus consejeros, aunque desconfiaban de los «misteriosos y oscuros» proyectos napoleónicos, optaron por descartar cualquier intento de resistencia y confiaron en alcanzar un acuerdo negociado con el emperador francés. Pero **el plan napoleónico** consistía en atraer a Carlos y a su hijo Fernando hasta la localidad francesa de Bayona para, una vez allí, obligarles a renunciar a todos sus derechos al trono. Carlos, con la esperanza de recuperar la corona e impulsado por el odio hacia su hijo, se dejó conducir gustosamente a Bayona por los que consideraba sus «protectores franceses». Por el contrario, Fernando realizó este peligroso viaje hasta territorio francés porque carecía de alternativas; estaba convencido de que si se negaba a acudir, el todopoderoso Napoleón le encarcelaría para restablecer en el trono a su padre y en el gobierno a Godoy.

En consecuencia, a finales de **abril de 1808**, casi toda la familia real española ya se encontraba **en Bayona**, donde el emperador francés –tal y como tenía previsto– forzó a renunciar a sus derechos reales a **Carlos IV y a Fernando VII**. Ambos estaban atemorizados y **abdicaron** en un acto vergonzoso e indigno, cediendo sus derechos al trono a Napoleón, quien posteriormente proclamó rey de España y de las Américas a su hermano José I Bonaparte; Napoleón también colocó a otros hermanos suyos como reyes en Holanda y Westfalia (Alemania).

2.1.1. El levantamiento popular antifrancés

Napoleón, que había conseguido conquistar de forma fácil y rápida todo Portugal en sólo un mes, nunca pensó que los españoles podrían ofrecer una seria resistencia a su poderoso ejército. Sin embargo, se equivocó y fue incapaz de dominar la situación. Así, **el 2 de mayo de 1808 comenzaron en Madrid los levantamientos populares contra el ejército francés invasor.** En esa fecha, los franceses se disponían a trasladar al infante de 12 años de edad, Francisco de Paula (hijo menor de Carlos IV), a Francia para impedir que ningún miembro de la familia real española pudiera convertirse en el símbolo de la resistencia antibonapartista. Pero una multitud de cientos de madrileños se congregó a las puertas del Palacio Real e intentó impedirlo, comenzando así los enfrentamientos y los primeros disparos. Las noticias de este tumulto se difundieron con rapidez por toda la ciudad y los soldados napoleónicos empezaron a ser atacados por una población enfurecida pero desarmada. A las pocas horas, el mariscal Murat –comandante en jefe de las

tropas francesas— logró concentrar unos 30.000 soldados en Madrid, con los cuales sofocó el levantamiento e inició una brutal represión fusilando a cientos de civiles. Sin embargo, los levantamientos armados contra los franceses se repitieron en numerosos lugares de España — entre los días 7 y 10 de mayo— a medida que se iban extendiendo las noticias de las abdicaciones de Bayona, del engaño francés y de los sucesos de Madrid.

2.1.2. Las causas de la guerra y las actitudes ante la ocupación

Los españoles reaccionaron de forma diferente ante los hechos consumados de la invasión francesa y las renunciaciones de Bayona. La mayoría de la población rechazó el dominio francés y peleó por su libertad y su independencia, se opuso a la ocupación y participó más o menos activamente en las luchas contra el ejército napoleónico. Por el contrario, José I únicamente recibió el apoyo de un grupo numéricamente muy reducido de españoles; estos colaboracionistas pronto recibieron el apelativo de «**afrancesados**».

2.2. Fases de la guerra

El levantamiento generalizado se convirtió en una prolongada y cruenta guerra de resistencia contra los franceses que duró seis largos años (1808-1813). Estas luchas españolas por la independencia, denominadas curiosamente *The Peninsular War* por la historiografía inglesa, coincidieron con las guerras de liberación antinapoleónicas que también sostuvieron por aquella época los alemanes y los rusos. Además, nuestra guerra de Independencia tuvo otras dimensiones, ya que fue un **conflicto internacional** (con España convertida en el escenario bélico del enfrentamiento entre Francia y Gran Bretaña) y fue asimismo un **conflicto civil entre españoles** (patriotas contra afrancesados).

La amplia y espontánea participación popular, el deseo de independencia, la defensa del espacio propio frente al invasor, el **entusiasmo patriótico** y la xenofobia antifrancesa fueron algunos de los rasgos más sobresalientes que caracterizaron las luchas españolas contra el ejército napoleónico. En el desarrollo de los acontecimientos bélicos distinguimos tres fases:

a) Primera fase: desde mayo de 1808 hasta finales de ese mismo año.

A lo largo de estos meses, las tropas francesas, que estaban dirigidas por el general Murat y sumaban casi 150.000 hombres, fueron incapaces de ocupar el país con rapidez y fracasaron en sus intentos de conquistar las ciudades de Gerona, Zaragoza y Valencia. Por el contrario, los españoles vencieron en la batalla de Bailén (Jaén) y obligaron al ejército invasor a evacuar Madrid, mientras que las tropas británicas expulsaron a los franceses de Portugal y desembarcaron en las costas gallegas.

b) Segunda fase: desde fines de 1808 hasta finales de 1811.

Napoleón se trasladó a España para dirigir personalmente las operaciones al frente de 250.000 soldados. Esta contraofensiva napoleónica concluyó con varias victorias y con la recuperación de Madrid. El emperador retornó a Francia en enero de 1809 y, durante los años siguientes, el ejército francés consiguió imponer su superioridad militar y fue conquistando territorios con un elevado coste en pérdidas humanas. En cualquier caso, los soldados franceses jamás lograron controlar por completo el territorio porque fueron hostigados continuamente por **los guerrilleros españoles**. Esta novedosa forma de lucha armada adoptada por los españoles, que además probaba la activa participación popular en la guerra, se caracterizaba por la actuación de pequeños grupos de combatientes que realizaban ataques rápidos y por sorpresa contra las tropas enemigas. La táctica de combate guerrillera se basaba en el aprovechamiento de la máxima movilidad y del mejor conocimiento del terreno para desgastar al enemigo mediante la realización de sabotajes contra sus depósitos de armamento, contra sus líneas de comunicaciones y contra sus abastecimientos en la retaguardia. Además, las cuadrillas de guerrilleros recibieron la colaboración de la población civil de las zonas rurales, que facilitó los alimentos necesarios,

ofreció refugios seguros y proporcionó información sobre los movimientos y los efectivos de las tropas invasoras.

c) Fase final: durante los años 1812 y 1813.

Durante estos dos últimos años de conflicto, los efectivos del ejército napoleónico quedaron reducidos a poco más de 100.000 hombres debido a que Napoleón afrontaba entonces simultáneamente varios frentes de guerra distintos en suelo español, ruso, italiano y alemán. Las impotentes tropas francesas, completamente desmoralizadas por las derrotas contra los austriacos y las pérdidas de Holanda e Italia, fueron retrocediendo progresivamente hacia la frontera pirenaica empujadas por los españoles y por **el ejército anglo-portugués dirigido por el general Wellington**. Los últimos soldados franceses abandonaron la Península a finales de 1813, concluyendo así una guerra que se había ganado gracias al esfuerzo sumado del ejército inglés y de los guerrilleros españoles. Sin embargo, las pérdidas humanas y materiales fueron enormes. Como consecuencia directa o indirecta de la guerra murieron casi medio millón de españoles, algunas ciudades como Gerona o Zaragoza quedaron arrasadas por completo y también fueron destruidas muchas cosechas, miles de cabezas de ganado y numerosos edificios y carreteras.